

cierra la puerta.) Ya sabe que para usted siempre tengo un momento.

RANK.—Gracias. Lo aprovecharé mientras pueda.

NORA.—¿Qué quiere usted decir? ¿Mientras pueda?

RANK.—Sí. ¿La asusta?

NORA.—La frase es extraña. ¿Qué puede suceder?

RANK.—Lo que previene hace mucho tiempo. Pero no creí que llegara tan pronto.

NORA.—(Cogiéndole por el brazo.) ¿Qué ocurre? ¿Qué le han dicho? Doctor, va usted a decirme.

RANK.—(Sentándose junto a la chimenea.) Estoy al fin del viaje. Nada se puede hacer ya.

NORA.—(Tranquilizándose.) ¿Se trata de usted?

RANK.—¿De quién, pues? ¿Para qué mentirme a mí mismo? Soy el peor de todos mis enfermos, señora Helmer. En estos días hice examen general de mi estado. Es la bancarrota. Tal vez dentro de un mes esté pudriéndome en un cementerio.

NORA.—¡Oh, qué manera de hablar tan fea!

RANK.—Es que el hecho en sí es endemoniadamente feo. Lo peor, sin embargo, son los horrores que han de precederle. Sólo me falta un examen. Una vez hecho, sabré casi con seguridad cuándo empezará el desenlace. Deseo decirle una cosa: como Helmer siente por su naturaleza delicada aversión a todo lo repugnante, no quiero que venga a la cabecera de mi cama.

NORA.—Pero, doctor...

RANK.—No lo quiero. Bajo ningún pretexto. No le permitiré entrar. Cuando tenga la certeza de la catástrofe le enviaré mi tarjeta de visita marcada con una cruz negra. Entonces sabrán ustedes que ha comenzado el final espantoso.

NORA.—No. Hoy está usted demasiado fúnebre. ¡Y yo deseaba tanto que estuviese usted de buen humor!

RANK.—¿Con la muerte delante

de los ojos? ¿Y pagando por otros? ¿Es esto justicia? ¡Y pensar que en cada familia existe, en una forma o en otra, alguna liquidación de este género!

NORA.—(Tapándose los oídos.) ¡Psit! ¡Estemos alegres! ¡Estemos alegres!

RANK.—Sí, el caso es para reír. Mi espina dorsal, pobre inocente, debe sufrir por la vida alegre que llevó mi padre cuando era teniente.¹

NORA.—¿Le gustaban mucho los espárragos y el foiegras, no es verdad?

RANK.—Sí; y las trufas.

NORA.—¡Ah! Sí; ¿y las ostras también?

RANK.—Y las ostras, naturalmente.

NORA.—Y todo bien regado con Oporto y Champagne... Es lástima que todas esas cosas ataquen a la espina dorsal.

RANK.—Sobre todo, cuando atacan a una espina dorsal que no disfrutó de ellas.

NORA.—¡Ah! Sí. Eso es lo más triste del caso.

RANK.—(Mirándola atentamente.) ¡Eh!

NORA.—(Después de una pausa.) ¿Por qué ha sonreído usted?

RANK.—Es usted la que ha sonreído.

NORA.—No, doctor, le juro que ha sido usted.

RANK.—(Levantándose.) No creí que fuera usted tan burlona.

NORA.—Hoy estoy en disposición de decir muchas tonterías.

RANK.—Ya se ve.

NORA.—(Poniendo las manos sobre los hombros del doctor.) Querido, querido doctor, no debe usted abandonarnos a Torvaldo y a mí.

RANK.—Será una pena de la que

¹ Una vez más se demuestra la maravillosa unidad de las obras del gran dramaturgo. ¿Quién no ve en estas palabras el germen de la obra admirable que ha de seguir a ésta? ¿Quién no adivina en ella al autor de *Espéctros*? (N. del T.)

pronto se consolarán. Los que se van, son pronto olvidados.

NORA.—(Mirándole con inquietud.) ¿Usted lo cree?

RANK.—Se entablan nuevas relaciones, y entonces...

NORA.—¿Quién se creará nuevas relaciones?

RANK.—Usted y Helmer. Los dos. Lo harán ustedes cuando me haya ido. Usted me parece que ya ha empezado. ¿Qué tenía que hacer aquí ayer la señora Linde?

NORA.—¡Ah!... ¿Va usted a tener celos de la pobre Cristina?

RANK.—Sí. Los tengo. Me sucederá en la casa cuando llegue mi vencimiento. Esa persona...

NORA.—¡Psit! No hable tan alto. Está ahí al lado.

RANK.—¿Hoy también? Ya lo ve usted.

NORA.—Sólo ha venido para arreglar mi traje. ¡Dios mío, qué ridículo es usted! (Sentándose en el sofá.) Ahora hay que ser razonable, doctor. Ya verá usted qué bien bailo mañana y podrá usted asegurar que no lo hago más que por usted, sí, por usted y por Torvaldo, como es natural. (Saca varios objetos de la caja de cartón.) Doctor, venga a sentarse aquí, que voy a enseñarle varias cosas.

RANK.—(Sentándose.) ¿Qué?

NORA.—Mire usted... ¡Fíjese!

RANK.—Bajos de seda.

NORA.—Color de carne. ¡Qué bonito! Ahora está muy oscuro; pero mañana... No, no, no. Usted no debe ver más que la planta de los pies. Pero, sin embargo, si viera usted un poco más arriba...

RANK.—¡Hola!

NORA.—¿Por qué tiene usted ese aire de duda? ¿No cree usted que me sentarán bien?

RANK.—No tengo nada en que fundar mi opinión.

NORA.—(Mirándole un momento.) ¡Ah! ¡Qué malo es usted! (Dándole un golpe suave en el oído con los bajos.) Eso es lo que usted

se merece. (Vuelve a guardarlos en la caja de cartón.)

RANK.—¿Qué maravillas me faltan por ver?

NORA.—No verá usted nada porque no es usted prudente. (Busca entre los objetos tarareando.)

RANK.—(Después de una pausa.) Cuando estoy a su lado, familiarmente, no puedo comprender... No, no comprendo lo que hubiera sido de mí si no hubiese venido nunca a esta casa.

NORA.—(Sonriendo.) Creo, en efecto, que, en resumidas cuentas, no está a gusto más que en casa.

RANK.—(Bajando la voz y mirando fijamente al techo.) ¡Y tenerlo que dejar!

NORA.—¡Tonterías! ¡Usted no dejará nada!

RANK.—(Igual que antes.) Y no dejar ni un agradecimiento siquiera... apenas un dolor pasajero... nada más que un lugar vacío que podrá llenar el primero que llegue...

NORA.—¿Y si le pidiera a usted?... No...

RANK.—Si me pidiera usted... ¿qué?

NORA.—Una prueba de cariño.

RANK.—¡Ah! ¿Qué?

NORA.—Quiero decir un gran servicio.

RANK.—¿Querrá usted darme, aunque no sea más que una sola vez, esta gran alegría?

NORA.—Sí. Pero usted no sabe de qué se trata.

RANK.—¡Vaya! ¡Dígamele usted!

NORA.—No. No puedo, doctor. Es tan grave... Es a la vez un consejo, un auxilio y un favor...

RANK.—Tanto mejor. No adivino lo que pueda ser. Pero hable usted. ¿No tengo su confianza?

NORA.—Como nadie. Ya sabe usted que es mi mejor amigo, mi amigo más fiel. Por eso quiero decirselo todo. Pues bien, doctor, hay algo que me conviene evitar. Ya sabe usted lo que Torvaldo me ama

y no vacilaría un momento en dar su vida por mí.

RANK.—(Acercándose a ella.) Nora, ¿cree usted que sea el único?

NORA.—(Con un movimiento instintivo de retroceso.) ¿Cómo?

RANK.—El único que daría su vida alegremente por usted.

NORA.—(Tristemente.) ¿De veras?

RANK.—Había jurado que usted lo sabría antes de que me fuera para siempre. No podía encontrar mejor ocasión. Sí, Nora, ya lo sabe usted. Esto quiere decir que puede confiar en mí más que en nadie.

NORA.—(Levantándose serena y tranquilamente.) Déjeme pasar.

RANK.—(Dejándole paso, pero continuando sentado.) ¡Nora!

NORA.—(Junto a la puerta de entrada.) Elena, trae la lámpara. (Dirigiéndose a la chimenea.) ¡Oh, doctor, qué mal ha hecho usted!

RANK.—¿Hice mal en amarla profundamente, cuanto me ha sido posible?

NORA.—No; pero en haberlo dicho, sí. Ya era bastante con que...

RANK.—¿Qué quiere usted decir? ¿Que lo sabía usted?

(La criada entra con la lámpara, que pone sobre la mesa; después sale.)

RANK.—Nora... señora Helmer, le pregunto si lo sabía.

NORA.—¿Qué sé yo?... No puedo realmente decírselo. ¿Cómo fue usted tan torpe, doctor? Todo iba tan bien...

RANK.—Bueno: ahora tiene la seguridad de que puede disponer de mí en cuerpo y alma. Hable usted.

NORA.—(Mirándole.) ¿Después de lo que acaba usted de decir?

RANK.—Se lo suplico. Dígame de qué se trata.

NORA.—Se acabó. No sabrá usted nada.

RANK.—¡Sí! ¡Sí! No me castigue así. Déjeme usted que la ayude cuanto me sea posible.

NORA.—Ahora ya no puede usted ayudarme en nada... Además, ya no necesito a nadie. No eran más

que fantasías, nada más. Es evidente. (Se sienta en la mecedora y le mira sonriendo.) Si verdaderamente es usted un caballero, doctor Rank, ¿no le da a usted vergüenza ahora que la lámpara está encendida?

RANK.—A decir verdad, no. Pero debo partir para siempre.

NORA.—¿Por qué? Usted seguirá viviendo igual que antes. Ya sabe usted que Torvaldo no puede vivir sin usted.

RANK.—Sí; ¿y usted?

NORA.—¿Yo? ¡Me parece todo tan alegre cuando usted llega!

RANK.—Eso precisamente me hizo equivocar. ¡Es usted un enigma! A veces me ha parecido que tiene usted tanto gusto en estar conmigo como en estar con Helmer.

NORA.—Sí, es verdad. Hay personas a quienes se ama y personas con quienes se está a gusto.

RANK.—En eso tiene usted razón.

NORA.—Cuando estaba en casa, amaba a papá sobre todo. Pero mi mayor placer era bajar a escondidas al cuarto de las criadas, que no me reprendían nunca y que me contaban historias muy divertidas.

RANK.—¡Ah! ¡Muy bien! ¿De manera que yo he reemplazado a las criadas?

NORA.—(Levantándose vivamente y yendo hacia él.) No, mi querido doctor, no es eso lo que yo he querido decir. Pero usted puede comprender que son igual para mí Torvaldo que papá.

LA CRIADA.—(Viniendo del vestíbulo.) ¡Señora!

(Le habla al oído y le da una tarjeta.)

NORA.—(Mirando la tarjeta.) ¡Ah! (La guarda en su bolsillo.)

RANK.—¿Algo molesto?

NORA.—No. Es... es mi nuevo traje.

RANK.—¿Cómo? Pero su traje está ahí...

NORA.—¡Oh! Sí, éste, sí. Pero hay

otro... Lo encargué yo... Torvaldo no debe saber nada.

RANK.—¡Ah! ¿Ése es el gran secreto?

NORA.—¡Claro está! ¡Entre pronto en su despacho! Está en la habitación del fondo. No le deje venir...

RANK.—Esté usted tranquila. No se me escapará.

(Entra en el despacho de Helmer.)

NORA.—(A la criada.) ¿Espera en la cocina?

LA CRIADA.—Sí, subió por la escalera de servicio...

NORA.—¿No le dijiste que había visita?

LA CRIADA.—Sí, pero no hizo caso.

NORA.—¿No ha querido irse?

LA CRIADA.—No, no se irá sin haber hablado con la señora.

NORA.—Bueno. Que entre, pero sin que haga ruido. Elena, no se lo digas a nadie. Es una sorpresa para mi marido.

LA CRIADA.—Sí, sí, ya comprendo...

(Vase.)

NORA.—¡Lo horrible se acerca! Viene. No, no, no puede ser. No debe ser.

(La criada hace entrar a Krogstad y cierra la puerta. Viene en traje de viaje, botas altas y gorra de abrigo.)

NORA.—(Yendo a su encuentro.) Hable usted en voz baja. Mi marido está ahí.

KROGSTAD.—Es posible.

NORA.—¿Qué quiere usted?

KROGSTAD.—Un informe.

NORA.—¡Hable pronto! ¿Cuál?

KROGSTAD.—Sabe usted que he recibido mi cesantía.

NORA.—No he podido impedirlo, señor Krogstad. Luché defendiendo su causa hasta el fin, pero nada he conseguido.

KROGSTAD.—¿Su marido siente tan poco amor por usted? Sabe lo que puede suceder y, sin embargo, se atreve a...

NORA.—¿Cómo puede usted imaginar que lo sepa?

KROGSTAD.—Ya me figuraba yo que no. No se hubiera mostrado tan valeroso el bueno de Torvaldo Helmer.

NORA.—Señor Krogstad, exijo que se respete a mi marido.

KROGSTAD.—Ya lo creo. Se le respeta lo debido. Pero cuando la señora pone tanto empeño en ocultar el asunto, me permito suponer que está mejor informada que ayer de la gravedad de lo que ha hecho.

NORA.—Mejor informada que por usted.

KROGSTAD.—En efecto, un picapleitos como yo...

NORA.—¿Qué me quiere usted?

KROGSTAD.—Nada. Ver sencillamente cómo se encontraba usted. En todo el día no he dejado de pensar en usted. Se puede ser un usurero... un picapleitos... un... en una palabra: un individuo como yo, y se puede tener corazón.

NORA.—¡Pruébelo usted! ¡Piense en mis hijos!

KROGSTAD.—¿Pensó su marido en los míos? Pero poco importa. Quería aconsejarle únicamente que no tomara las cosas por lo trágico. En primer lugar, no la denunciaré a usted.

NORA.—¿No? ¿Es verdad? Estaba segura.

KROGSTAD.—Se puede muy bien terminar este asunto amistosamente. No es necesario que otros estén informados. Esto debe quedar entre los tres.

NORA.—Mi marido no debe saber nunca...

KROGSTAD.—¿Cómo puede usted impedirlo? ¿Puede usted acaso pagar el resto?

NORA.—No; en seguida, no.

KROGSTAD.—¿Ha encontrado usted tal vez medio de procurarse dinero estos días?

NORA.—No. Ningún medio que quiera emplear.

KROGSTAD.—Además, no le hubiera a usted servido para nada. Por

ningún dinero le devolvería la firma.

NORA.—Pero explíquese usted, entonces: ¿qué piensa usted hacer?

KROGSTAD.—Quiero, sencillamente, guardarla, tenerla en mi poder. Ningún extraño lo sabrá nunca. Así, para el caso en que haya pensado tomar alguna resolución desesperada...

NORA.—Ya he pensado.

KROGSTAD.—... O bien abandonarlo todo y huir...

NORA.—Ya he pensado.

KROGSTAD.—... O hacer algo peor aún...

NORA.—¿Cómo puede usted saberlo?

KROGSTAD.—... Abandone usted esas ideas...

NORA.—¿Pero cómo puede usted saber que se me han ocurrido?

KROGSTAD.—Casi todos los tenemos al principio. Yo las tuve como los demás. Pero a fe que me faltó valor.

NORA.—(Con voz apagada.) ¡A mí también!

KROGSTAD.—(Como si se sintiera aliviado de un peso.) ¿No es verdad? A usted también le falta valor.

NORA.—Sí.

KROGSTAD.—Además, sería una gran locura. Pasada la primera tempestad conyugal... Aquí en el bolsillo tengo una carta para su marido.

NORA.—¿Se lo cuenta usted todo?

KROGSTAD.—Con las palabras más veladas que me ha sido posible emplear...

NORA.—(Con viveza.) No debe ver esa carta. Rómpala usted. Encontraré el dinero.

KROGSTAD.—Perdone usted, señora, pero creo haberle dicho hace poco...

NORA.—No. No hablo del dinero que le debo. Dígame usted el dinero que pide a mi marido y se lo daré.

KROGSTAD.—No pido dinero a su marido.

NORA.—Pero entonces, ¿qué quiere usted?

KROGSTAD.—Voy a decírselo. Quiero ascender, señora, quiero llegar, y su marido puede ayudarme. En año y medio no cometí ningún acto deshonroso; en ese tiempo he tenido que luchar contra terribles dificultades. Estaba contento adelantando paso a paso. Ahora me han echado, y ya no me contento con que me tomen por compasión. Le digo que quiero llegar. Quiero entrar de nuevo en el Banco en mejores condiciones que antes. Su marido puede crear un empleo para mí.

NORA.—¡Nunca lo hará!

KROGSTAD.—Lo hará. Le conozco. No se atreverá ni a pestañear. Y después, ya verá usted. Antes de un año seré el brazo derecho del director. Será Nils Krogstad y no Torvaldo Helmer el que dirigirá el Banco.

NORA.—Eso no sucederá nunca.

KROGSTAD.—¡Usted podría tal vez...!

NORA.—Ahora tengo ya valor.

KROGSTAD.—¡Oh! No me asusta usted. Una señora tan delicada y tan distinguida como usted...

NORA.—¡Ya verá usted! ¡Ya verá usted!

KROGSTAD.—¿Bajo el hielo, quizás? ¿En el abismo húmedo, sombrío y frío? Y en primavera volver a la superficie, desfigurada, desconocida, calva...

NORA.—No me asusta usted.

KROGSTAD.—Ni usted. Eso no se hace, señora Helmer. Y además, ¿para qué? Seguiría teniendo su firma en el bolsillo.

NORA.—¿Y cuando yo no exista?

KROGSTAD.—Olvida usted que en ese caso su fama estará igualmente entre mis manos.

NORA.—(Le mira con sorpresa.)

KROGSTAD.—Bueno. Ya está usted prevenida. ¡No haga usted tonterías! Cuando Helmer reciba mi carta, esperaré la contestación. Y recuerde usted que fue su marido el que me obligó a dar este paso. Eso

no se lo perdonaré nunca. Adiós, señora. (Vase.)

NORA.—(Entreabriendo con precaución la puerta del vestíbulo y escuchando.) Se ha ido. No le entregaré la carta. No. No. Es imposible. (Abre la puerta un poco más.) ¿Qué hace? Se para. Reflexiona. ¿Irás acaso a...?

(Se oyen los pasos de Krogstad, que se aleja después de haber echado la carta en el buzón.)

NORA.—(Reprime un grito y baja corriendo la escena hasta la mesa que está cerca del sofá. Pausa.) ¡Está en el buzón! (Va de puntillas a la puerta de la antecámara.) ¡Allí está! ¡Torvaldo, Torvaldo, ahora sí que estamos perdidos!

SEÑORA LINDE.—(Entra por la puerta de la derecha trayendo el traje.) He hecho todo lo que he podido. ¿Quieres probar?

NORA.—(En voz baja, con angustia.) Cristina, ven.

SEÑORA LINDE.—(Arrojando el traje en el sofá.) ¿Qué te pasa? ¿Estás alterada?

NORA.—Ven. ¿Ves esta carta? ¿Esta, a través de la boca del buzón?

SEÑORA LINDE.—Sí, la veo.

NORA.—Es de Krogstad.

SEÑORA LINDE.—¡Nora! ¿Te prestó Krogstad el dinero?

NORA.—Sí. Y ahora Torvaldo lo sabrá todo.

SEÑORA LINDE.—Créeme, Nora: es lo mejor para los dos.

NORA.—No lo sabes todo: falsifiqué una firma.

SEÑORA LINDE.—¡Dios mío! ¿Qué dices?

NORA.—¡Oye, Cristina! Oye lo que voy a decirte: necesito que me sirvas de testigo.

SEÑORA LINDE.—¿Testigo? ¿De qué?

NORA.—Si me volviera loca... lo cual puede suceder...

SEÑORA LINDE.—¡Nora!

NORA.—O si ocurriera algo... y no estuviera aquí para...

SEÑORA LINDE.—¡Nora! ¡Nora! Estás loca.

NORA.—Si alguien entonces quisiera cargar con la responsabilidad, con la responsabilidad de todo; ¿comprendes?

SEÑORA LINDE.—Sí. Pero ¿cómo puedes creerlo?

NORA.—En ese caso debes atestiguar que es falso, Cristina. No estoy loca. Con mis cinco sentidos te digo: nadie más lo supo, lo hice yo sola, completamente sola. Acuérdate de esto.

SEÑORA LINDE.—Está bien, me acordaré. Pero no comprendo todavía cómo...

NORA.—¡Ah! ¿Cómo podrías comprenderlo? Es un prodigio que va a realizarse.

SEÑORA LINDE.—¿Un prodigio?

NORA.—Sí, un prodigio. ¡Pero es tan terrible! Cristina, es menester que eso no suceda. No lo quiero a ningún precio.

SEÑORA LINDE.—Voy a ir en seguida a hablar a Krogstad.

NORA.—No vayas. Te contestaría mal.

SEÑORA LINDE.—En otro tiempo hubiera hecho cualquier sacrificio para complacerme.

NORA.—¿Ei?

SEÑORA LINDE.—¿Dónde vive?

NORA.—¿Qué sé yo?... ¡Ah, sí! (Busca en el bolsillo.) Aquí hay una tarjeta suya. Pero la carta... la carta...

HELMER.—(Desde su despacho, llamando a la puerta de comunicación.) ¡Nora!

NORA.—(Con angustia.) ¿Qué pasa? ¿Qué quieres?

HELMER.—¡Vaya! ¡Vaya! Tranquilízate. No podemos entrar. Has echado el cerrojo a la puerta. ¿Estás ensayando?

NORA.—Sí, sí, ensayo. Ya verás qué bonita estaré.

SEÑORA LINDE.—(Después de haber mirado la tarjeta.) Vive muy cerca de aquí. En la esquina.

NORA.—Sí. Pero ¿para qué? Es

tamos perdidos. La carta está en el buzón.

SEÑORA LINDE.—¿Y tu marido tiene la llave?

NORA.—Siempre.

SEÑORA LINDE.—Krogstad puede reclamar la carta antes de que la lea. Puede encontrar un pretexto cualquiera.

NORA.—Pero ésta es precisamente la hora en que Torvaldo acostumbra...

SEÑORA LINDE.—¡Entreténle! ¡Ve a su despacho! Vuelvo en seguida. *(Vase apresuradamente por la puerta del vestíbulo.)*

NORA.—*(Acercándose a la puerta del despacho de Helmer, abriéndola y mirando.)* ¡Torvaldo!

HELMER.—*(Desde el despacho.)* Bueno. Ya se puede entrar por fin en casa. Ven, Rank, vamos a ver... *(Presentándose.)* Pero ¿qué es esto?

NORA.—¿Qué, querido Torvaldo?

HELMER.—Rank me había preparado para una gran escena con traje a propósito...

RANK.—*(Presentándose.)* Así lo había comprendido. Por lo visto, me equivoqué.

NORA.—Sí. Nadie me verá en todo mi esplendor hasta mañana.

HELMER.—Pero, querida Nora, parece que estás muy cansada. ¿Has ensayado el baile?

NORA.—No, aún no he ensayado ni una sola vez.

HELMER.—No estaría de más que lo hicieras.

NORA.—Sí, Torvaldo, es indispensable. Pero no puedo bailar sin ti. Me he olvidado.

HELMER.—¡Vaya! Ensayaremos.

NORA.—Sí. ¿Verdad? Al fin vas a ocuparte de mí, Torvaldo. ¿Me lo prometes? Estoy tan inquieta...

Esa reunión a la que debemos ir... ¡Por esta noche, basta de negocios y de papeles! ¿Eh? ¿Quieres?

HELMER.—Te lo prometo. Esta noche estoy enteramente a tu disposición... alondra chiquita. ¡Ah! Pero antes debo ver una cosa. *(Se dirige a la puerta del vestíbulo.)*

NORA.—¿Qué quieres hacer?

HELMER.—Ver si han venido cartas.

NORA.—No, Torvaldo, no lo has.

HELMER.—¿Por qué?

NORA.—Torvaldo, te lo suplico... no hay...

HELMER.—Déjame verlo. *(Se dirige hacia la puerta.)*

NORA.—*(Al piano toca los primeros compases de la tarantela.)*

HELMER.—¡Hola!

NORA.—No podré bailar mañana si no ensayo hoy contigo.

HELMER.—*(Yendo hacia ella.)* ¿Tienes realmente miedo, Norita?

NORA.—¡Sí! ¡Sí! Un miedo espantoso. Déjame ensayar en seguida: tenemos tiempo antes de sentarnos a la mesa. Siéntate, querido Torvaldo, y toca. Corrígeme, dame consejos, como sabes hacer.

HELMER.—Con mucho gusto, con muchísimo gusto, ya que lo quieres. *(Se sienta al piano.)*

NORA.—*(Abre una caja, saca un tamboril y un mantón de colores abigarrados, se arregla en un abrir y cerrar de ojos y después, de un salto, se coloca en medio de la sala y grita:)* ¡Ea! ¡Toca! ¡Quiero bailar!

(Helmer toca, Nora baila y el doctor Rank se coloca detrás de Helmer y la sigue con la vista.)
HELMER.—*(Tocando.)* Suavemente, suavemente.

NORA.—¡Imposible!

HELMER.—Menos prisa, Nora.

NORA.—Al contrario: eso es lo que hace falta.

HELMER.—No, no, no está bien.

NORA.—*(Riendo y agitando el tamboril.)* ¿Qué te decía yo?

RANK.—Permítame que me ponga al piano.

HELMER.—*(Levantándose.)* Con muchísimo gusto: así podré dirigir la mejor.

(Rank se sienta al piano y toca. Nora baila cada vez más locamente. Helmer, cerca de la chimenea, le dirige de vez en cuando una observación, que ella parece no oír. Sus cabellos se desatan y caen sobre sus hombros. Ella no se da cuenta y continúa. La señora Linde entra.)

do una observación, que ella parece no oír. Sus cabellos se desatan y caen sobre sus hombros. Ella no se da cuenta y continúa. La señora Linde entra.)

SEÑORA LINDE.—*(Parándose, sorprendida.)* ¡Ah!

NORA.—Llegas en plena locura, Cristina.

HELMER.—Pero, querida Nora, bailas como si en ello te fuera la vida.

NORA.—Así es.

HELMER.—Basta, Rank. Es locura. No toques más, te digo.

(El piano calla y Nora se para de pronto.)

HELMER.—*(A Nora.)* Eso sí que no lo hubiera creído: has olvidado todo cuanto te había enseñado.

NORA.—*(Arrojando el tamboril.)* Ya lo ves.

HELMER.—Veo que tienes gran necesidad de que te guíen.

NORA.—Ya ves si lo necesito. ¿Me guiarás hasta el fin? ¿Me lo prometes, Torvaldo?

HELMER.—Puedes confiar.

NORA.—Ni hoy ni mañana debes pensar en nada más que en mí, y no debes abrir ninguna carta... ni el buzón de las cartas.

HELMER.—¡Bueno! Veo en ello aún el terror de ese hombre.

NORA.—Sí, no te lo niego, algo hay de eso.

HELMER.—Nora, te lo conozco en los ojos. Hay ahí una carta suya para mí.

NORA.—No sé. Creo que sí; pero es necesario que no leas nada de eso ahora. Ni una sombra debe interponerse entre nosotros mientras no acabe todo.

RANK.—*(En voz baja, a Helmer.)* No hay que contrariarla.

HELMER.—*(Abrazándola por la cintura.)* Se hará como quiere la niña. Pero mañana... cuando hayas bailado.

NORA.—Serás libre.

LA CRIADA.—*(Presentándose en la puerta de la derecha.)* La señora está servida.

NORA.—Trae Champagne, Elena.

LA CRIADA.—Sí, señora.

(Vase.)

HELMER.—¡Hola! ¡Hola! Parece que vamos a estar de francachela.

NORA.—Alegría y fiesta hasta mañana. *(Gritando a la criada.)* Y unas cuantas almendras, Elena, o si no, muchas; por una vez no importa.

HELMER.—*(Cogiéndole las manos.)* ¡Así! ¡Así! ¡Muy bien! No hay que tener miedo. Quiero que vuelvas a ser mi alondra chiquitita que gorjee como siempre.

NORA.—Sí, Torvaldo, sí. Pero entra ahí un momento, y usted también, doctor. Tú, Cristina, me ayudarás a peinarme.

RANK.—*(En voz baja, yendo hacia el comedor.)* Oye: y todo esto... ¿no te hace suponer algo... extraordinario?

HELMER.—No, querido amigo. Es únicamente la angustia pueril de que te he hablado.

(Se van por la izquierda.)

NORA.—¿Eh?

SEÑORA LINDE.—Se fue al campo.

NORA.—Lo conocí en tus ojos.

SEÑORA LINDE.—Vuelve mañana por la noche. Le he dejado una carta.

NORA.—No debiste hacerlo. No hay que impedir nada. En el fondo, es un gran placer esperar lo horrible.

SEÑORA LINDE.—¿Qué esperas?

NORA.—No lo comprenderías. Vé con ellos. Voy al instante.

NORA.—*(Se queda un momento inmóvil, como para reconcentrarse en sí misma. Después mira el reloj.)* Son las cinco. Hasta media noche, siete horas. Después, veinticuatro horas hasta la media noche próxima. Entonces ya se habrá bailado la tarantela. ¿Veinticuatro y siete? Treinta y una. Me quedan treinta y una horas de vida.

HELMER.—*(Desde la puerta de la izquierda.)* ¿Pero qué le pasa a la alondra chiquitita?

NORA.—*(Arrojándose en sus brazos.)* ¡Aquí está ya!